

# NEW LEFT REVIEW 94

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2015

## ARTÍCULO

PERRY ANDERSON

Rusia inconmensurable

## ENTREVISTA

JAN BREMAN

Un investigador sin trabas

## ARTÍCULOS

MARCO D'ERAMO

Después de Waterloo

MALCOLM BULL

El declive de la decadencia

ROB LUCAS

¿El socialismo como idea reguladora?

## CRÍTICA

ALEXANDER ZEVIN

El apagavelas

DAVID SIMPSON

Construir el sujeto liberal

RACHEL MALIK

Representaciones figurativas

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES  
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de  
Educación Superior,  
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

## Después de Waterloo

¡Maldito Blücher! De no haber sido por el ataque del mariscal de campo prusiano, que a las 16:30 horas del 18 de junio de hace doscientos años salvó al duque de Wellington en Waterloo, quizá la historia habría transcurrido por otros derroteros. No es que Napoleón nos resulte particularmente admirable, por mucho que sea el primero de una serie de enemigos derrotados que los vencedores se empeñan en presentar en términos caricaturescos, de chascarrillo (en la iconografía, esa mano suya oculta entre la botonadura del chaleco cerrado rivaliza en popularidad con el bigote de Hitler). En el fondo, Napoleón había derrocado la primera república continental nacida de una revolución popular, y para colmo había tenido el pésimo gusto de hacerse *coronar*. No; maldito Blücher, porque la batalla de Waterloo marcó el triunfo de algo hasta entonces insólito en la historia occidental, a saber: un proyecto coherente y coordinado de *retorno al pasado*. Al mismo tiempo, la peculiaridad de Waterloo consiste en que supone el cierre de la era que se proponía reavivar.

En primer lugar, fue la última gran batalla mundial que se decidió en el espacio de un solo día, como quien dice en un día de «campo», entre el alba y el ocaso. Al igual que la batalla de Qadesh (1274 a. C.), entre Egipto y los hititas, que decidió la suerte de Oriente Próximo por medio milenio; o las de Cannas (216 a. C.) y Zama (202 a. C.), entre Roma y Cartago, que decidieron el dominio del Mediterráneo. Las de Farsalia (48 a. C.), entre César y Pompeyo, y Accio (31 a. C.), entre Octavio Augusto, de un lado, y Antonio y Cleopatra, del otro, decidieron, también en un solo día, quién sería el nuevo señor de Roma. Así como en la de Poitiers (732 d. C.) Carlos Martel frenó el avance del islam en Europa; o en la de Hastings (1066) se estableció que en adelante la isla de los anglosajones sería normanda. En un solo día se garantizó también, en la batalla de Pavia (1525), la hegemonía de los Habsburgo en la Europa del Renacimiento.

En todas estas batallas estaba siempre el emperador, el caudillo, el gran *condottiero*, que se despertaba al alba, si es que había llegado a dormirse; fue célebre el plácido sueño del príncipe de Condé antes de la batalla de Rocroi (1643), que da una idea de lo poco que le preocupaba su desenlace. Y al caer la tarde la suerte estaba echada: o las estrellas o los establos.

Pero después de Waterloo las batallas se hicieron más largas: tres días duró la de Gettysburg (del 1 al 3 de julio de 1863), entre nordistas y sudistas estadounidenses; dos días la de Sedán (del 31 de agosto al 1 de septiembre de 1870), entre prusianos y franceses; ocho días (5-12 de septiembre de 1914) la batalla del Marne en la Primera Guerra Mundial; tres días la batalla naval de las islas Midway en el Pacífico (4-6 de junio de 1942); y doce días la (tercera) batalla de El Alamein (del 23 de octubre al 3 de noviembre de 1942). Stalingrado se prolongó durante más de cuatro meses, nada menos, entre septiembre de 1942 y enero de 1943. Dos meses y diez días duró la batalla de las Filipinas (del 15 de septiembre al 25 de noviembre de 1944) y dos meses y diecinueve días la de Okinawa (del 1 de abril al 19 de junio de 1945), ambas entre Estados Unidos y Japón. En el mundo moderno se ha ido haciendo cada vez más difícil distinguir entre *batalla* y *campaña*. En la Guerra de Vietnam recordamos la ofensiva —que no la batalla— del Tet (Año Nuevo chino), entre el 30 de enero y el 28 de marzo de 1968. Se diría que, desmintiendo la retórica patrioter, «la madre de todas las batallas» (el encuentro terrestre entre infanterías) no tendrá ya hijos.

Es significativo que en estas batallas modernas el nombre de los generales sea menos importante que en el pasado, y en todo caso normalmente se recuerda más al derrotado que al vencedor: en el caso de Gettysburg se sabe que el general Robert E. Lee fue vencido, pero ¿quién conoce al vencedor (George Meade)? El Alamein se recuerda mucho más como la derrota de Erwin Rommel que como la victoria de Bernard Montgomery. De Stalingrado nos queda la imagen de la rendición del mariscal de campo Friedrich von Paulus, pero ¿quién era el vencedor (Vasily Ivanovich Cheikov)? Waterloo fue también la última batalla en la que el jefe del Estado en persona dirigió las tropas sobre el terreno (en Sedán su sobrino Napoleón III al parecer no dirigió nada). Fue, por lo tanto, la última vez en que poder político y guía militar coincidieron en el «día fatal». Desde entonces nadie, ni siquiera los dictadores más autocráticos —Hitler, Mussolini, Stalin o Husein—, dirigieron en persona las operaciones en el frente. En este sentido, Waterloo fue en verdad el último día del *ancien régime*.

Pero todo esto no bastaría para hacerla digna de ser recordada en su bicentenario. Antes bien, la verdadera importancia de Waterloo reside en la Santa Alianza. Al auspiciar el retorno al pasado, es decir, la restauración de la monarquía y del orden absolutista, tres meses después de la victoria definitiva sobre Napoleón, las monarquías de Austria, Prusia y Rusia crearon en realidad una institución inédita. De hecho, nunca se había visto antes una coalición que se arrogara el derecho de intervenir en los asuntos internos de los países sujetos en nombre de principios humanitarios como los de «Justicia, caridad cristiana y paz». Fue la Santa Alianza la que, en nombre de la paz, llevó la guerra contra los levantamientos populares de 1823, 1830 y 1848; la que, en nombre del amor, encarceló a los que denominó «demagogos» conforme a los decretos de Carlsbad (1822), que fueron intensificados tras la Hambacher Fest (1832) con la vituperada, pero hoy de nuevo revalidada, *Demagogenverfolgung* («persecución de los demagogos»).

Al intervencionismo bienintencionado –de hecho, el propósito declarado de las tres autocracias era «consolidar las instituciones humanas y remediar sus imperfecciones»– le esperaba un brillante porvenir. La Santa Alianza inventó las nociones de «invasión humanitaria» y de «intervención fraternal», que tanto éxito tendrían en los siglos siguientes. Según rezaba el artículo primero del Tratado de la Santa Alianza:

Conforme a las palabras de las Santas Escrituras, que ordenan a todos los hombres mirarse como hermanos, los tres monarcas contratantes permanecerán unidos por los lazos de una verdadera e indisoluble fraternidad y, considerándose como compatriotas, se prestarán en toda ocasión y en todo lugar asistencia, ayuda y socorro; y, considerando a sus súbditos y ejércitos como padres de familia, los guiarán en el mismo espíritu de fraternidad del que están animados para proteger la Religión, la Paz y la Justicia.

Así también los *partidos hermanos*, en nombre de la Santa Alianza soviética, intervinieron en Hungría (1956) o en Checoslovaquia (1968). Y así interviene también la Santa Alianza de las Naciones Unidas, institución que, con el propósito de «preservar la paz» y por «el bien de la humanidad», adjudica poderes omnímodos a los vencedores de una guerra librada hace setenta años. De forma análoga, la Unión Europea sigue el ejemplo de la Santa Alianza cuando, en lugar de los ejércitos de los partidos hermanos, envía a banqueros fraternales (la Troika) para aplastar a los *demagogos* (hoy llamados «populistas») de los países rebeldes y restablecer el orden en nombre de la «justicia».

¿Por cuánto más tiempo habremos de vivir bajo la Santa Alianza? Para hacernos una idea, vale la pena recordar dos episodios. El primero, irónico, es que hace ciento sesenta y un años la primera coalición de la Santa Alianza se desintegró a cuenta de la península de Crimea, el lugar donde ha estallado la última crisis. En 1854, por culpa de la guerra de Crimea, Austria se disoció de hecho de Rusia, a pesar de la ayuda que seis años antes le había prestado el zar para aplastar la revuelta de Hungría (1848). El segundo punto es la celeberrima apertura del *Manifiesto del Partido Comunista* de Karl Marx y Friedrich Engels, que habla precisamente de esta alianza: «Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo. Contra este espectro se han conjurado en *santa alianza* todas las potencias de la vieja Europa, el papa y el zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los polizontes alemanes». La diferencia entre entonces y ahora es que hoy la Santa Alianza no necesita otro Waterloo: pues contra ella no se erige ni tan siquiera un fantasma.

Pero recordemos la apertura del texto emitido hace doscientos años, firmado el 26 de septiembre de 1815 por Francisco, Federico Guillermo y Alejandro:

En nombre de la Muy Santa e Indivisible Trinidad.

Sus Majestades, el emperador de Austria, el rey de Prusia y el emperador de Rusia [...] declaran solemnemente que el presente acto no tiene por objeto más que manifestar a la vista del universo su determinación inquebrantable de no tomar como regla de su conducta, ya sea en la administración de sus Estados respectivos, ya sea en sus relaciones políticas con cualquier gobierno, más que los preceptos de esta santa religión, preceptos de justicia, de caridad y de paz, los cuales, lejos de aplicarse únicamente en la vida privada, deben por el contrario inspirar directamente las resoluciones de los príncipes y guiar todos sus pasos, siendo el medio de consolidar las humanas instituciones y de remediar sus imperfecciones.